

nando su crecimiento y postrándolas en un ruralismo exclusivo y deprimente, postración a la que no escaparon ciudades tan importantes como Toledo, en franca decadencia durante el último siglo y otras próximas a Madrid o a Alcázar, de una rusticidad decadente impresionante.

Las cuestaciones que se iniciaron con la Fiesta de la Flor y que han continuado con motivos diversos, tuvieron en Alcázar una aportación no exenta de brillo, porque las señoras se pusieron en carácter de todo a todo y el público les correspondió en admiración y en contribución.

Detalle demostrativo lo es esta mesa instalada en la puerta del Círculo de la Unión por el año diez y siete en el que las señoras se ensombrecieron a su gusto, que era hacerlo aquí y no en Madrid, donde no se las conocía, alguna que otra vez, porque en Alcázar les parecía un exceso y les daba reparo, según pude oírles más de una vez.

La mujer, siempre preocupada con lo que ha de ponerse, halló en esta función caritativa una manera de satisfacerse así misma tratando de ennoblecer una misión altruista y de dar realce a la fiesta, todo al mismo tiempo.

Encuentro muy plausible esta inclinación al aristocratismo que constituye uno de los matices singulares de la vida de la Villa.

Alcázar sufrió, por suerte suya, porque la consanguinidad, aún en lo ideológico degenera y elimina, una democratización precoz y profunda, de escasas excepciones, pero también singular, como en ninguna parte, de espíritu elevado y ética delicada, que encarnó dando altura moral a los ideales populares.

Estas dos aspiraciones se complementaron y dieron a la vida del lugar un equilibrio admirable, que hacía la vida grata para propios y extraños. Había una identidad de principios, orientaciones comunes y convenientes entre todos, con tendencia al bien y anhelo por lo mejor. De ello brotaba una repulsa general, intuitiva, anterior a cualquier pensamiento o idea, para todo mal proceder y el ambiente fue tan denso años y años, que anuló la estadística delictiva y si

no acabó con los resabios pueblerinos, los hizo tolerables y responsables ante cada quisqui. La frase parlamentaria de que las ideas no delinquen tuvo una conformidad general, pero eso era una cosa y otra la mala fe, rechazada por todos.

Los abolengos, más o menos genuinos, se sentían y se anhelaban y esas aspiraciones, esa busca del blason, era lo que ennoblecía la vida y contenía la maldad, dando al vivir alcazareño un progreso efectivo apreciable en la comparación con otros pueblos, en consorcio difícil de reforma y tradición.

A los pueblos democráticos les falta sentido de nivel y rango, pero Alcázar, tan liberal, es un pueblo de sentimientos generosos y limpios, cuya ética prohíbe lo mezquino o estrecho y ninguna época mejor para conocerlo que la que vivimos, de severos juicios para los excesos

Este sentido lo logró Alcázar después de mil infiltraciones heterogéneas y a costa de cierta despersonalización, por lo que no pudo darse más que aquí, persistiendo el espíritu caballeresco o aristocrático, de *alucinatorios destellos*, preocupado de la cualidad. Cada uno es un rey, nadie cree en la igualdad y cada uno tiene su pretensión de soberanía personal, lo que implica diversidad y menosprecio de la posición excepcional contigua. El orgullo y el sentimiento de